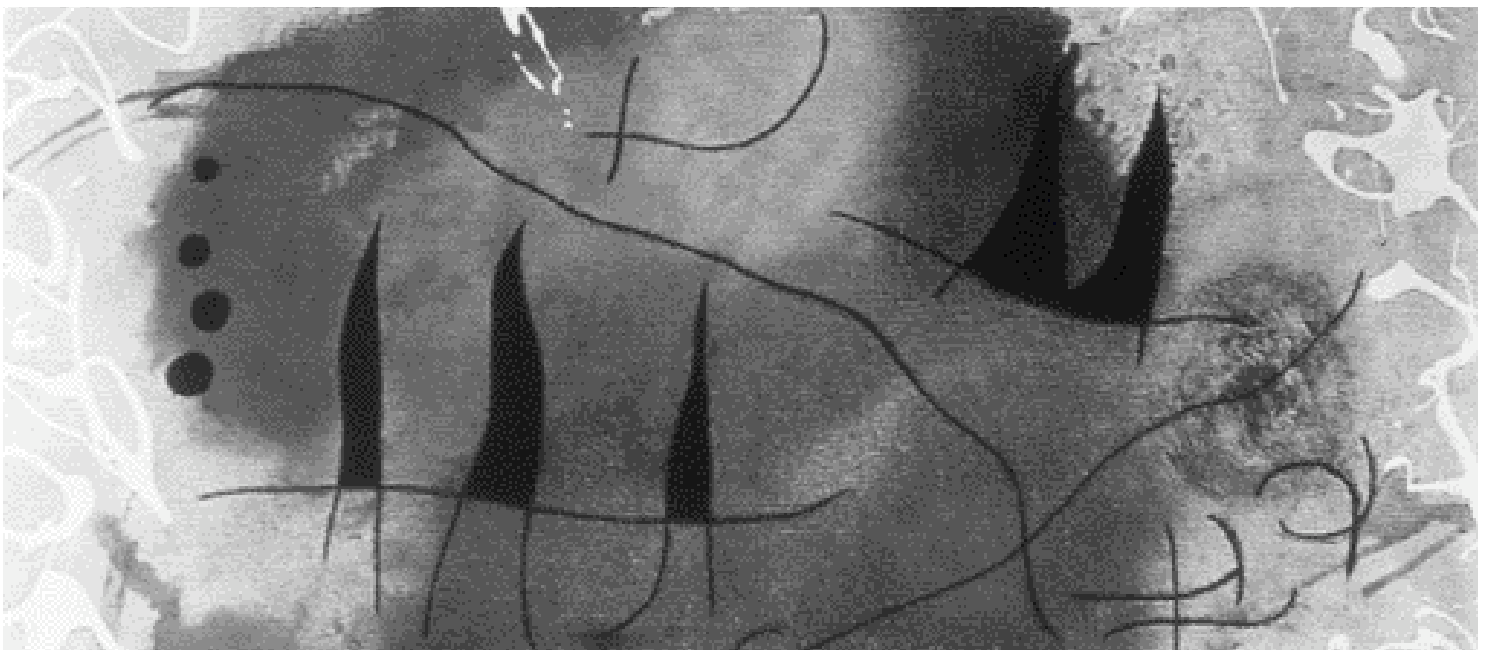


Muerte sin fin al cuadrado

José Gordon



Joan Miró, *Amanecer II*, 1959

Para José Emilio Pacheco

Había memorizado por completo las diecisiete páginas de *Muerte sin fin*. Los versos dejaban huecos rítmicos exactos, moldes en los que sólo cabía esa procesión secuencial de sonidos y palabras:

Tal vez esta oquedad que nos estrecha
en islas de monólogos sin eco,
aunque se llama Dios,
no sea sino un vaso
que nos amolda el alma perdidiza...

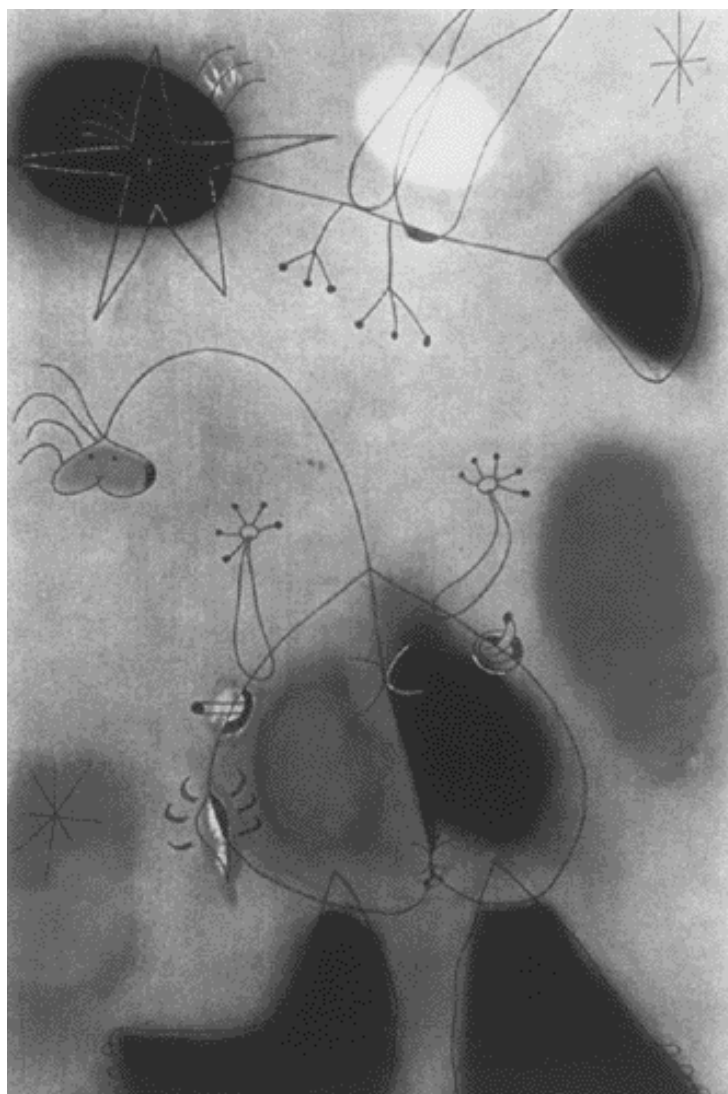
Preparaba como de costumbre su clase de literatura. Revisó cuidadosamente un apunte (seguía flotando el tum-tum silencioso de los versos de Go rostiza). Esos conceptos podrían incorporarse en un futuro a una sección de crítica literaria que quizá podría llamarse *Inventario*, pensó. Colocó los papeles en el portafolio ajado. Tal vez no regresaría a ese cuarto que contempló con nostalgia, si es que era cierto lo que le había

platicado su amigo, el profesor de física. Todo era cuestión de saber si en el sótano de esa casa existía ese corredor hacia el pasado. Su memoria de disco duro que no perdía ningún detalle recordaba:

Una *línea del mundo* es la representación gráfica que conecta todo lo que nos sucede temporal y espacialmente. Dado nuestro tamaño, esa línea es más bien como un gusano que se extiende desde el nacimiento hasta la muerte. La teoría general de la relatividad predice que las estrellas y los agujeros negros distorsionan el espacio-tiempo y doblan las *líneas del mundo*. A eso se le llama gravedad. Si estos dobleces llegaran al punto de crear *líneas del mundo* que giraran sobre sí mismas, como una serpiente que se muerde la cola, todo se vería igual pero estaríamos en un corredor hacia el pasado. Estas curvas o circuitos cerrados de tiempo se pueden crear, de acuerdo con los cálculos del

profesor J. Richard Gott de la Universidad de Princeton, cuando una cuerda cósmica (una ficción matemática que no sabemos si existe en la naturaleza) pasa rápidamente junto a otra.

Tal parece que al pasado siempre se llega a través de ficciones (*¡Oh inteligencia, soledad en llamas que todo lo concibe sin crearlo!*). El profesor de literatura sonríe mientras avanza entre las curvas oscuras e invisibles del espacio-tiempo. Si pudiéramos ver la geometría, los huecos rítmicos donde se coagulan las mesas y las lámparas. Sale del sótano. La luz lo enceguece. Los objetos aún no cobran forma, son espirales, fosfenos, estrías elementales (*Miró tenía razón*). Camina sin enfocar la vista por esas calles que conoce paso a paso hasta llegar a la vieja casona que tantas veces ha visitado. Las líneas se perfilan con claridad. En apariencia es la misma casa. Toca el timbre. Sus



Joan Miró, *Mujer, pájaro y estrellas*, 1942



Joan Miró, *Mujer y pájaro bajo el sol*, 1942

sienes laten con violencia (al fondo, siempre al fondo, sigue el tum-tum de unos versos). Le abre el José Gorostiza que recuerda en las fotos de 1939. Gorostiza lo mira como una aparición. El poeta lleva varios días sin dormir. Su mirada febril revela que ignora si está despierto o está soñando. Hay un poema que lo ronda, le dice al visitante. Es una forma, un hueco, un recipiente, que está a punto de henchirse, el agua está a punto de tomar forma.

El profesor de literatura no resiste más y colma el vaso. Recita emocionado:

Lleno de mí, sitiado en mi epidermis
por un dios inasible que me ahoga,
mentido acaso
por su radiante atmósfera de luces
que oculta mi conciencia derramada,
mis alas rotas en esquirlas de aire,
mi torpe andar a tientas por el lodo;

lleno de mí —ahíto— me descubro
en la imagen atónita del agua,
que tan sólo es un tumbo inmaculable,
un desplome de ángeles caídos
a la delicia intacta de su peso...

Gorostiza sonríe, reconoce los versos del destino:

—¿Quién es el autor de estos versos?

—pregunta.

—Usted.

—Pero tú los acabas de recitar.

—Sí, pero yo los leí en un libro firmado por usted, cuando usted ya estaba muerto.

—¿De dónde salieron? —inquiere Gorostiza—. ¿De la nada?

En ese momento a ambos se les desborda la conciencia de sus identidades temporales.

¡Oh inteligencia, soledad en llamas,
que todo lo concibe sin crearlo!

La paradoja del viaje al pasado aquí planteada se inspira en la lectura del artículo *La física cuántica del viaje en el tiempo* de David Deutsch y Michael Lockwood (*Scientific American*). En ese texto se sostiene que el sentido común podría descartar las excursiones al pasado mas ello no ocurre así con las leyes de la física.

Ciertamente aún no se han descubierto curvas o circuitos cerrados del tiempo y como dice Hawking: “La mejor evidencia de que el viaje en el tiempo no es posible es que no hemos sido invadidos por hordas de turistas provenientes del futuro”. Además, las paradojas del viaje al pasado tendrían que resolverse mediante la presunción de universos paralelos. No obstante, Deutsch y Lockwood creen que “el universo real es mucho más extraño que todo lo concebido por la ciencia ficción y que, finalmente, es también mucho más inteligible”. **U**